

El sindicalismo venezolano

¿Qué caminos se les abren hoy a los sindicalistas venezolanos? Esta pregunta es una de las razones del presente número de SIC. Comenzar, pues, con una breve reflexión sobre la trayectoria del sindicalismo venezolano en los últimos veinticinco años, en el marco de nuestra "imperfecta democracia", puede, quizá, ayudar a ubicar la capacidad de respuesta que podamos tener frente al futuro.

Con la caída de la dictadura, Venezuela se encontró ante una coyuntura económica de recesión, debida a una muy fuerte baja de entrada de divisas por la caída de los precios petroleros. En esa situación difícil el Ejecutivo Nacional obtiene la colaboración del Sindicato. Así lo pondera el Presidente Betancourt el 10. de mayo de 1959: "Procurará el Gobierno, y así lo ha hecho, ejercitar una intervención amistosa y conciliadora entre las partes para evitar huelgas (...) Se tiene la impresión, por categóricas declaraciones del Comité Sindical Unificado, de que éste importante organismo sindical será el primero en respaldar al Gobierno en esa política". En ese contexto de consenso se puede entender cómo el Plan de Recuperación Económica del Gobierno Nacional llegó hasta hacer aprobar la reducción del 10 por ciento de los sueldos y salarios de los empleados públicos sin que se produjese una ola de protesta generalizada.

La clase obrera organizada sindicalmente había aceptado la política de "unidad" para salvar la democracia recién adquirida. Sus manifestaciones se producen en el campo político para enfrentar las sublevaciones militares contra el nuevo régimen político. Las huelgas de tipo económico son escasas: solamente 15 en 1959 y 36 en 1960. La presión sindical disminuye todavía más cuando la izquierda abandona el trabajo en los sindicatos para dedicarse a la actividad guerrillera: 14 huelgas en 1961, 19 en 1962, 8 en 1963, 27 en 1964, 24 en 1965, 12 en 1966, 34 en 1967 y 13 en 1968. Las reducidas mejoras de las condiciones económicas de los obreros se logran a través de los contratos colectivos cuyo número se mantiene en ascenso durante estos años: pasa de 642 en 1962 a 1.062 en 1968.

Esta especie de luna de miel entre el Gobierno Nacional y el Sindicato se rompe en 1968. Las dos principales razones son: el ala izquierda de AD no ve en el candidato del partido un defensor de los intereses obreros y populares y se consuma la división originándose el MEP que se lleva consigo la mayoría de las fuerzas sindicales del partido. Además, AD pierde las elecciones y con COPEI en el Gobierno las fuerzas sindicales se ven con mayor libertad para oponerse. Un índice claro es el ascenso del número de huelgas: 86 huelgas en 1969, 66 en 1970, 233 en 1971, 179 en 1972, 254 en 1973.

La segunda razón es la reincorporación de la izquierda

al trabajo en el campo sindical, después de que la política de pacificación permite de nuevo su actuación legal (el PCV en 1968, el MIR en 1973). De esta manera, la huelga no es sólo un instrumento de presión para lograr mejoras reivindicativas, sino que la izquierda, siguiendo los principios de la ortodoxia marxista, la usa continuamente como instrumento de formación de la conciencia de clase. Surge, entonces, un tipo de huelgas que no son controladas por las Federaciones y Centrales.

Seguidamente nace, al lado del tradicional trabajo sindical, la tendencia clasista, teóricamente preocupada de ver formarse obreros conscientes de su pertenencia a una clase llamada a la transformación del conjunto de la sociedad. A pesar de la oposición del sindicalismo burocrático, una oposición que no pocas veces fue incluso física, la tendencia clasista llegó a sumar éxitos y conquistar sindicatos significativos. La reclamación de mejoras más sustanciales que las propuestas por la CTV y sus Federaciones, y el impulso a una mayor participación de la base les dio más crédito frente a una CTV nuevamente "frenada" por la presencia de AD otra vez en el Gobierno. Además, el auge económico del período 74-79 permitía responder con creces a las exigencias obreras, aun en el marco de los pedidos más exigentes y radicales.

La actual coyuntura nacional nos permite pensar que estamos en una tercera etapa. Con los años 80 nos ha llegado una nueva etapa de recesión económica. La "unidad" entre Gobierno y Sindicato que se dio en el 58 no se puede reeditar: la democracia ya no es un débil bebé que necesita esos cuidados, además de que ha perdido parte de su aureola de panacea de todos los males del pueblo y el recuerdo de la dictadura se ha alejado un poco, lo suficiente para no convertirse en paralizador de cualquier movimiento de presión. Pero también la época fácil para la tendencia clasista se ha terminado. La lucha no es sólo contra un Gobierno con recursos, sino que se plantea ahora contra todos aquellos sectores de la sociedad que la situación difícil hace más agresivos, incluyendo al sindicalismo tradicional, convertido en una poderosa maquinaria también económica y dispuesta a recuperar el terreno perdido en el movimiento obrero.

Las dificultades que se presentan en las actuales condiciones de la sociedad venezolana no han encontrado todavía un camino de respuesta compartido. Las fuerzas más conservadoras luchan por no perder ni su posición privilegiada ni su control sobre la sociedad. En este contexto se exigen nuevas respuestas desde la experiencia de trabajo obrero. Los materiales de este número intentan impulsar esa reflexión. El futuro dependerá de la claridad y firmeza con que se actúe.